

# La otra prehistoria: creación de imágenes en la literatura científica y divulgativa

The other prehistory: creation of images in scientific and divulgative literature

Paloma González Marcén

Universitat Autònoma de Barcelona.

Recibido el 4 de mayo de 2009.

Aceptado el 22 de mayo de 2009.

BIBLID [1134-6396(2008)15:1; 91-109]

## RESUMEN

A lo largo de este texto, pretendo mostrar, en primer lugar, qué representan estas imágenes de la Prehistoria en nuestro imaginario cultural y qué implicaciones suponen de forma particular para nosotras, las mujeres contemporáneas. En segundo lugar, querría aunque fuera brevemente analizar cómo y de dónde proviene ese imaginario en el que se insertan las representaciones de la prehistoria y de qué manera, desde la investigación y la divulgación, podemos incidir en la reconstrucción de arquetipos y en la creación de nuevas claves interpretativas de la prehistoria, de la historia y de las relaciones de género en el mundo contemporáneo.

**Palabras clave:** Prehistoria. Imágenes. Representaciones. Mujeres. Investigación. Divulgación.

## ABSTRACT

With this text I pretend to show, in one hand, what represent for our cultural image repertoire the illustrations from prehistory and what kind of implications have, particularly, for contemporary women. In a second place, I would like to analyze briefly, how and from where comes this collection in which representations of Prehistory are immersed. From this point, we can approach to how from research and diffusion we can contribute to the reconstruction of archetypes and to the creation of new interpretative keywords of prehistory, history and gender relations in the contemporary world.

**Key words:** Prehistory. Images. Representation. Women. Research. Dissemination.

## SUMARIO

1.—Introducción. 2.—¿Tal como éramos?. 3.—Representando la humanidad prehistórica. 4.—Ciencia e interpretación de la prehistoria. 5.—Preconcepciones y diversidad interpretativa. 6.—Investigación y divulgación de la prehistoria en clave de género. 7.—Bibliografía.

### *1.—Introducción*

En abril de 2008, coincidiendo con la inauguración en el Parque de las Ciencias de Granada de la exposición “Las mujeres en la prehistoria”, el suplemento dominical del diario El País mostraba en portada e incluía en su interior un amplio reportaje sobre los últimos hallazgos de fósiles neandertales en el yacimiento asturiano de El Sidrón. El reportaje y la portada se acompañaban de unas impactantes reconstrucciones, tanto por su hiperrealismo como por sus humanizados rasgos, de esta especie extinguida del género humano, realizadas por la artista plástica francesa Elisabeth Daynes.

No podemos atribuir exclusivamente la creciente identificación de las imágenes de los homínidos con los rasgos de los humanos actuales al extraordinario desarrollo experimentado en los últimos años por las técnicas de reconstrucción asistidas por ordenador y al empleo de mejorados materiales para estas figuras tridimensionales. Independientemente de los argumentos científicos que subyacen a la hipótesis que nos vincula, como especie, a homínidos ya extinguidos, lo cierto es que, actualmente, su representación iconográfica refuerza una idea de cercanía cada vez mayor con esos seres remotos.

Sin duda, la primera pregunta que surge en relación a las imágenes de la humanidad prehistórica es en qué nos afecta, en qué afecta a la sociedad actual las representaciones que se puedan hacer o dejar de hacer de la prehistoria. ¿Qué relación puede existir entre unos grupos humanos tan distantes a nosotros con nuestros problemas, nuestros conflictos o nuestros proyectos? La respuesta es sencilla: desde la aparición, a lo largo del siglo XIX, de la prehistoria como campo específico de investigación en el marco de la publicación de la teoría evolucionista de Darwin y del desarrollo metodológico de la arqueología, nuestra cultura la concibe como el lugar de nuestros orígenes que explica y, frecuentemente, justifica ciertos comportamientos actuales (STOCZKOWSKI, 1994; VASICEK, 1994; QUEROL, 2001).

La prehistoria, más que cualquier otro periodo de la historia de la humanidad, se perfila como una etapa situada entre el mito y la historia, entre la ficción y la ciencia; en definitiva, un arma poderosa para la construcción y

deconstrucción de las ideologías. Es en la prehistoria más profunda cuando surge nuestra especie y se definen sus pautas de comportamiento biológico y cultural; pero también es en la prehistoria cuando aparecen todos aquellos componentes, materiales y sociales, que conforman las bases de la vida social tal como la conocemos ahora: el poder, la explotación económica, el estado, la transformación del medio natural, pero también la vida en sociedad, el arte, las tecnologías...

Como consecuencia de concebir la prehistoria como lugar-tiempo de origen primigenio, las variables definitorias de lo humano prehistórico, tanto desde la investigación como de las representaciones iconográficas dominantes que se derivan de ella, se concretan en una serie de rasgos comunes que tratan de forma diferencial a los humanos-hombres de los humanos-mujeres:

— La características y capacidades biológicas de la especie humana se definen en relación al cuerpo masculino.

— El dominio de cierto tipo de tecnologías, adscritas actualmente a los hombres (y también en su proyección hacia el pasado remoto), se define como motor de la sociedad.

— El pensamiento abstracto, la capacidad de comunicación avanzada y, en general, la creatividad y la innovación se representan como cualidades eminentemente masculinas.

— Las formas de vida en sociedad y sus transformaciones están organizadas y dirigidas principalmente por hombres.

El análisis pormenorizado de estas vinculaciones pasado-presente muestran que, más allá de su base científica, las propuestas interpretativas y sus representaciones iconográficas están teñidas de preconcepciones acerca de la vida en sociedad y de supuestas características esenciales de hombres y de mujeres que perpetúan arquetipos clasistas, racistas y, muy especialmente, sexistas (MOSER, 1993; WIBER, 1997; MOSER, 1998).

## 2.—¿*Tal como éramos?*

Así, en primer lugar y como el elemento que condiciona a todos los demás, es en la prehistoria cuando creemos poder reconocer a unos seres que biológicamente se asumen como nuestros antepasados en una línea evolutiva que llega hasta nosotros. Esta línea se remonta mucho más atrás en el tiempo que las representaciones de neandertales a las que hacía referencia y se retrotrae a la familia de los llamados australopitécidos que vivieron en África hace más de 3 millones de años. Un magnífico ejemplo lo encon-

tramos en la recreación de una australopiteca de corta edad hallada hace unos pocos años en Etiopía y que fue publicada en la portada de la revista *National Geographic* en el año 2006<sup>1</sup>. Esta imagen digital fundamentada en datos arqueológicos y paleoantropológicos (los restos esqueléticos hallados en la excavación), pero interpretada en cuanto a su expresión (mirada, gestos faciales, etc.), potencia una imagen de los homínidos en términos humanos en consonancia con valores y creencias del mundo actual que considera a la humanidad no opuesta sino inserta, sin solución de continuidad, en el mundo natural.

En la supuesta línea genealógica, justificada en términos de ley biológica, que une a estos homínidos con lo que somos ahora, queda reflejada la adscripción de tareas a los sexos. La subsiguiente articulación de estos comportamientos en los cuales las actividades y las aptitudes del sexo masculino resultaban los motores del progreso evolutivo y de la consecución de la categoría de “humano”, queda reflejada de forma explícita en la popular sucesión de imágenes que, desde el simio encorvado al varón erguido, nos muestra, sin el menor género de dudas, a los únicos protagonistas del proceso. Nos muestra, no ya al hombre, sino a los genes masculinos como artífices biológicos de la evolución nuestra especie (Fig. 1).

En relación a la tecnología, resulta habitual en libros de textos y manuales universitarios introducir el estudio de los más antiguos testimonios de la humanidad a unos útiles de piedra, llamados *choppers*, que fueron hallados en el nivel arqueológico denominado Lecho 2 del yacimiento de Olduvai en Tanzania y que cuentan con más de 1,5 millones de años de antigüedad. Tradicionalmente estos *choppers* han sido considerados las primeras herramientas de factura humana documentada científicamente y, por ello, suponen, un punto de inflexión, por no decir *el* punto de inflexión en la larga marcha de los homínidos hasta los humanos.

Porque si, por una parte, nos unen a los australopitécidos o a los primeros homínidos tanto la biología como, según las representaciones iconográficas, las emociones y los sentimientos, el punto de salida que supuestamente nos lleva directamente hasta hoy es la tecnología. El recorrido evolutivo de los *choppers* de Olduvai hasta las estaciones espaciales de la NASA se concibe de nuevo como una línea genealógica (tal como mostrara Stanley Kubrick en las escenas iniciales de la película *2001: Odisea en el Espacio*) desde estos instrumentos de piedra hasta un cierto tipo de tecnología que se presenta como una tecnología diseñada, planificada y ejecutada mayoritaria y tradicionalmente por hombres y dependiendo de decisiones y estrategias

1. <http://ngm.nationalgeographic.com/ngm/0611/feature6/multimedia.html> (acceso 10/2/2009).

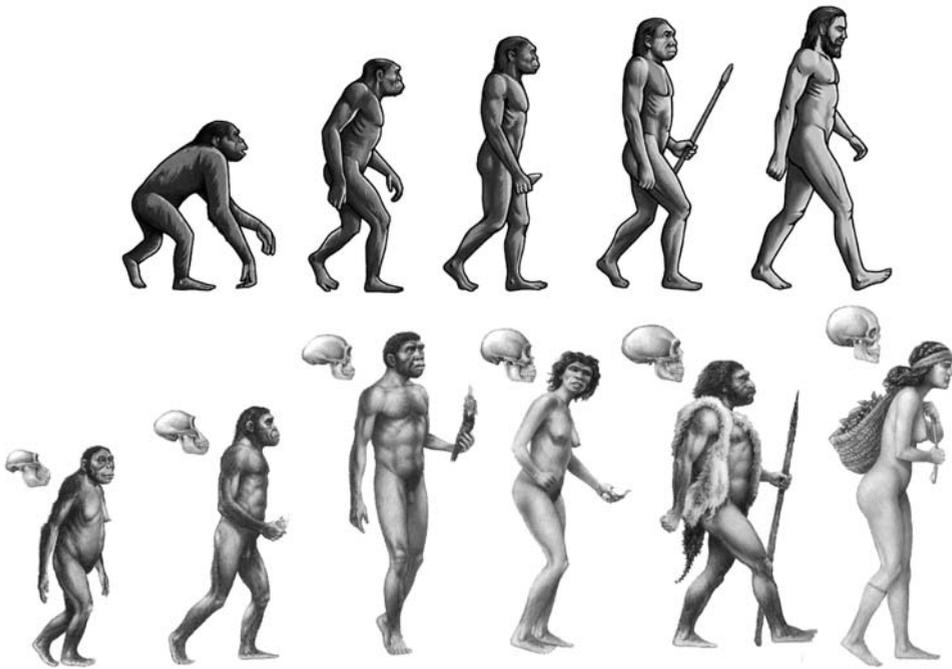


Fig. 1. En los libros de texto actuales se sigue reproduciendo la secuencia iconográfica clásica (*Ciències Socials.1º ESO. Text/La Galera, 2007*), aunque también se encuentran ejemplos que proponen otras fórmulas no sexistas de representación de la evolución de la especie humana (*Geografia i Història.1º ESO. Grup Promotor/Santillana, 2007*).

ubicadas en ámbitos mayoritaria y tradicionalmente masculinos (Fig. 2) (OLDENZIEL, 1996).

Conviene recordar que estos prejuicios, lejos de contribuir tan solo a discusiones conceptuales en el seno del mundo académico, han tenido y tienen su traslación en las relaciones sociales desiguales de nuestra sociedad contemporánea. Por poner un ejemplo, hasta bien entrado el siglo XX, en la mayoría de países occidentales no les estaba permitido a las mujeres patentar sus inventos. Para poder hacerlo, tenían que buscar un benefactor masculino, que además de “apadrinar” y controlar el diseño, era quien estaba en disposición de beneficiarse de la eventual explotación industrial del invento.

Al igual que en el caso de la tecnología, el surgimiento de lo que se ha venido a denominar arte al final del Paleolítico, se vincula en nuestro imaginario a la capacidad de pensamiento abstracto y de su empleo, en este caso, para expresar emociones o sensaciones que trascienden al individuo creador. Este conocimiento confiere a quien lo posee de un cierto poder



Fig. 2. Ilustración que acompaña la noticia titulada “Barcelona se alarga por la prehistoria” aparecida el 12 de marzo de 2009 en el diario *La Vanguardia*.

real o potencial y desempeña un papel fundamental en las formas y consecuencias de la innovación cultural.

Esta capacidad creativa se ha tendido a simbolizar mediante las manos pintadas que se han documentado en los paneles de arte rupestre del Paleolítico Superior, como en las cuevas Altamira o Lascaux. De hecho, se han interpretado como el elemento más cercano a una firma, a la existencia de un individuo creador concreto detrás de esas obras de arte. Porque, como tal son consideradas, y figuran, todas y todos así lo hemos aprendido en el primer capítulo de nuestros manuales de historia del arte. Y del mismo modo que los *choppers* se asocian al punto de salida para llegar a las estaciones espaciales, las manos pintadas en las cuevas paleolíticas configurarían la primera muestra de un genio creador firmando sus obras. En definitiva, el arte, la creatividad y la comunicación trascendente se plantean exclusivamente como logros y expresiones individuales de ciertos seres humanos con capacidades y sensibilidades excepcionales. Que cada cual repase lo que recuerde de sus manuales de historia del arte y haga memoria de los nombres y el género de quien podría incorporarse a esta genealogía del arte que se inicia en la Prehistoria (Fig. 3).

Y llegamos por fin aquello que une todo lo que acabo de enumerar y cuyo origen también está en la prehistoria: las formas de vivir en sociedad, es decir, las bases organizativas que rigen el comportamiento social, sobre las cuales y a partir de las cuales se han construido todas las formas de convivencia existentes, pasadas, presentes y futuras. La arqueología nos aporta muchos datos, pero como dijo uno de los arqueólogos más influyentes de los últimos 50 años, Lewis Binford (1983), los hallazgos arqueológicos, por

muchas nuevas técnicas de análisis y de reconstrucción que se apliquen, son estáticos, y sólo podemos inferir, pero no ver, el comportamiento humano de aquellas sociedades que nos dejaron sus rastros materiales.

Sin embargo, la tradición disciplinar de los estudios prehistóricos ha hecho abstracción, en sus inferencias, de la diversidad de la agencia humana y ha formulado la dinámica social exclusivamente en términos del poder masculino que rige nuestro presente: el control de la macroeconomía, el control político y el control de las tecnologías de producción. Estas preconcepciones implícitas en los textos científicos y académicos, se ven explicitadas, no obstante, en las representaciones iconográficas de las publicaciones divulgativas, que son asumidas sin reparos por la investigación de referencia (Fig. 4).

¿Podemos decir con seguridad que estas sean representaciones equivocadas de la vida en la prehistoria? No. Pero tampoco podemos asegurar lo contrario: pudo ser así o también pudo ser de otra manera. Se trata de una interpretación de los datos disponibles, cargada eso sí, de preconcepciones sobre el papel originario de hombres y mujeres.

### 3.—Representando la humanidad prehistórica

Ya desde el siglo XIX ha existido la fascinación por este vínculo con los primeros humanos y los tandems investigador-artista han ido creando, tanto en virtud de nuevas técnicas de reconstrucción como de la concepción de



Fig. 3. Reconstrucción de la realización de las pinturas paleolíticas de Creswell Crags (Derbyshire, Inglaterra), tal como se las imagina el reconocido dibujante Victor Ambrus en su libro *Drawing on Archaeology. Bringing History to Life* (Stroud, Tempus Publishing, 2006).



Fig. 4. Ilustración del libro de divulgación infantil de Giovanna Mantegazza *Quan els nens vivien en cavernes* (Madrid, Edaf, 1998).

cada momento de lo que se ha entendido y se entiende como ser humano, sucesivas reconstrucciones tridimensionales a partir de los restos humanos hallados en yacimientos del Pleistoceno. La representación de mujeres primitivas ha estado también presente aunque con mucha menor frecuencia aunque, como veremos, con estereotipos recurrentes (GIFFORD-GONZALEZ, 1993; MOSER, 1993; HORNOS y RÍSQUEZ, 2000; QUEROL, 2000).

Por ejemplo, las dos únicas figuras femeninas de una serie de 15 esculturas realizadas por Louis Mascré, por encargo de la Academia Real de Bruselas para su exposición en el Instituto de Ciencias

Naturales a principios del siglo XX, representaban, respectivamente, a una madre neandertal con su bebe y a una representación tridimensional del bajo relieve de la fase gravetiense del Paleolítico Superior denominado la Venus de Laussel (AA. VV., 2003). Vistas ahora desde nuestra perspectiva, estas dos representaciones marcan ya las dos visiones de la mujer prehistórica en nuestro imaginario cultural —por un lado, la mujer exuberante, sexualmente receptiva y, por el otro, la mujer madre, que está guiada por su instinto biológico (podríamos decir que animal) de protección a sus crías.

El papel fundamental que desempeñaron ferias, exposiciones universales y, finalmente, museos en la divulgación popular de la imagen de la humanidad prehistórica durante el siglo XIX, fueron substituidas en el siglo XX por el soporte divulgativo por excelencia de esa centuria: el cine. Ciertamente, la definitiva creación de un imaginario visual en el siglo XX ha sido construida mediante la imagen cinematográfica como, probablemente, la del siglo XXI se construirá mediante la imagen digital de los videojuegos. Este paso desde la creación de imágenes del pasado a su visualización escenográfica por medio de la creación de imágenes en movimiento para un público ampliado en número y en transversalidad social, obliga a caracterizar, sin duda, al cine como el mayor creador de

imágenes populares sobre el pasado histórico y, por extensión, de las mujeres del pasado.

De hecho, el cine abordó ya en época muy temprana el mundo prehistórico y aunque no es excesivamente extensa la filmografía ambientada en la prehistoria, especialmente si la comparamos con la abundancia del llamado *peplum* o cine de romanos (SOLOMON, 2002), su impacto en el imaginario popular ha sido definitivo. De todas las películas ambientadas en época prehistórica, podríamos destacar dos de ellas que no nos costará asociar con nuestras propias preconcepciones visuales sobre la vida prehistórica y que han inspirado, por extensión, otros soportes visuales de amplísima divulgación como son los cómics, las tiras gráficas o los dibujos animados. Nos estamos refiriendo, por una parte, a la película de 1923, dirigida e interpretada por Buster Keaton, titulada *Las Tres Edades*, y, por otra parte, la película de 1966 *Hace un Millón de Años* que, aunque dirigida por Don Chaffey, es más popular y conocida por su protagonista femenina, Raquel Welch.

La primera de ellas consiste en una parodia de las relación hombre-mujer mediante diversos episodios ambientados, respectivamente, en la prehistoria, la antigua Roma y la época contemporánea y, si bien su objetivo no residía en ofrecer una representación fidedigna o aproximada de estos períodos, sí que va a crear una iconografía de referencia que ha servido (y aún sigue sirviendo) como fórmula de representación de la prehistoria: hombres y mujeres greñudos y vestidos de pieles, en un mundo en que la fuerza y supremacía de los machos se manifiesta con garrotes y dominando con violencia a las mujeres. El modelo de *Las Tres Edades* continúa en *Hace un Millón de Años*, si bien se suaviza ligeramente la violencia empleada contra las mujeres y se resalta, con Raquel Welch a la vanguardia, su sexualidad exuberante, reduciendo el tamaño del vestido de pieles a un mínimo bikini.

Así pues, hasta los años 80, se consolida la iconografía prehistórica asociada a un patrón de comportamiento social: sometimiento violento de mujeres a hombres, sexualidad como característica y actividad definitoria de las mujeres prehistóricas. En esta década se producen dos películas que supondrán una cierta modificación de este modelo, debido en ambos casos, a una voluntad de mayor rigurosidad histórica y científica en la plasmación cinematográfica de la prehistoria. Tanto *En busca del fuego* (1981), dirigida por Jean-Jacques Annaud y basada en la novela de 1911 de J.-H. Rosny Aîné, como en *El clan del oso cavernario* (1986), en la que Michael Chapman adapta el primer libro de la saga “Los Hijos de la Tierra” de la escritora norteamericana de Jean M. Auel, los personajes femeninos adquieren una mayor presencia y protagonismo en la trama de las películas, ya que son ellas las depositarias del conocimiento necesario para la supervivencia de

las tribus que las acogen. Sin embargo, su sabiduría va de la mano de su potencial sexual y reproductivo y si bien el aspecto físico de las protagonistas se aleja en voluptuosidad de representaciones anteriores, las escenas de apareamiento son extremadamente explícitas y resultan cruciales, no sólo en el argumento, sino también en la caracterización de los personajes femeninos protagonistas.

La ficción cinematográfica sobre la prehistoria ha dado paso, en los últimos diez años, a una serie de documentales que, gracias a las técnicas digitales de animación por ordenador, hacen posible una inmersión en las etapas más antiguas de la humanidad simulando las técnicas del “docudrama”, un género difundido en cine, radio y televisión que trata, con técnicas dramáticas, hechos reales propios del género documental. De este modo, se llega a una síntesis entre la voluntad de divulgación de la creciente información obtenida en las últimas décadas sobre la evolución de la especie humana y el atractivo narrativo de la ficción cinematográfica. Gracias a estas nuevas producciones, emitidas por televisión de forma reiterada y, frecuentemente en franjas horarias de máxima audiencia, y posteriormente distribuidas en formato DVD en quioscos de prensa, hemos podido conocer a la famosa homínida Lucy en la producción francesa de 2002 *La Odissea de la Especie* o ser testimonios del posible apareamiento (enamoramiento??!!) entre una neandertal y un homo sapiens en la serie británica del mismo año *Caminando con Cavernícolas*. Estas imágenes digitales, fundamentadas en datos arqueológicos pero interpretada en cuanto a su expresión y comportamientos, potencian una imagen de los homínidos en términos de cuasi humanos en consonancia con los valores y creencias del mundo actual que considera a la humanidad no opuesta sino inserta, sin solución de continuidad, en el mundo natural. Así, si bien la divulgación científica de la prehistoria cuenta en la actualidad con estas nuevas herramientas de representación jamás antes conocidas y con un ingente potencial comunicador, existe el peligro de una mayor dificultad en discernir, por parte de público y audiencias, la carga interpretativa y, por tanto, ideológica de las representaciones del pasado.

#### 4.—*Ciencia e interpretación de la prehistoria*

¿Quiere esto decir que no hay nada de cierto en la investigación prehistórica? ¿Es tan solo una proyección de nuestros valores, o mejor dicho, de ciertos valores y concepciones del mundo? En la inmensa mayoría de yacimientos arqueológicos nuestros hallazgos son muy escasos y tan sólo representan huellas de actividades pasadas. Se trata de una pequeña parte de los objetos y elementos que estaban en uso en un momento concreto

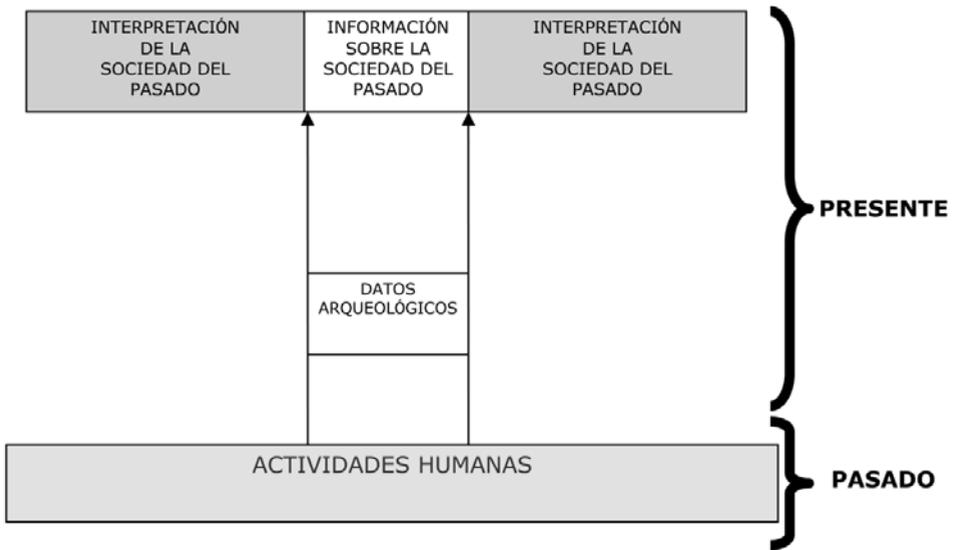


Fig. 5. Esquema de la relación entre investigación y representación del conocimiento arqueológicos.

de la prehistoria. Son sólo aquellos que se abandonaron o se dejaron atrás por algún motivo y que por su características y las características de los yacimientos han perdurado hasta nuestros días.

Por lo tanto, tenemos una colección limitada de elementos materiales sin sus agentes, ni sus productores, ni las acciones, ni por supuesto, sin formas de interactuar, de relacionarse. Visto como un esquema, el proceso de investigación arqueológica consistiría en obtener información sobre las sociedades del pasado a partir de unos datos arqueológicos que proceden de un segmento limitado de las actividades de esas sociedades (Fig. 5). Tanto los datos que recogemos como la información que obtenemos, están regidos por criterios y técnicas del presente, y es a partir de esa información, tamizada y filtrada desde el inicio del proceso de investigación, como representamos, en la última fase del proceso, cómo eran y cómo vivían las sociedades del pasado.

Como ha señalado la filósofa Alison Wyle (2002), la relación de estas representaciones con las sociedades del pasado no es mera especulación: existe y conforma la base de las interpretaciones, pero el margen de interferencia de valores y preconcepciones del presente también forma parte de la visión que ofrece la investigación sobre la prehistoria, y que se va haciendo mayor a medida que nos alejamos del objeto de estudio: primero, se seleccionan ciertos materiales como datos arqueológicos relevantes; después, se analizan, clasifican y ordenan siguiendo determinados criterios de

tratamiento de la información, para, finalmente, insertarlos en un modelo de comportamiento social que se considera plausible.

Pero el problema no está sólo en este sesgo propiamente dicho, sino que conlleva que comportamientos e ideologías actuales en relación a las mujeres se consideren originarios o naturales que serían, retomando nuestras variables iniciales de lo considerado humano:

— La biología femenina es un complemento de la especie definido exclusivamente bien por la reproducción o bien por la sexualidad

— Escaso control de la tecnología compleja por parte de las mujeres y conocedoras e innovadoras tan sólo de una tecnología secundaria.

— Capacidades limitadas para el pensamiento abstracto y la creatividad y ausencia de genialidad o excepcionalidad.

— Papel dependiente y pasivo en las formas de organización social.

##### 5.—*Preconcepciones y diversidad interpretativa*

En múltiples estudios realizados sobre las preconcepciones existentes en la población escolar sobre la ciencia y los roles sexuales, se muestra como hay una interpretación diferencial según el género a partir del mismo propuesta como, por ejemplo, “haz un dibujo de un laboratorio científico” (BUCK *et al.*, 2002; MEHMET, 2006). Sin embargo, resulta indicativo es que las niñas muestran, siendo prácticamente siempre preponderante la identificación de los científicos con hombres, una mayor diversidad de adscripción de roles tanto dibujando a mujeres como científicas como planteando equipos mixtos o de género indeterminado. Este rasgo de los dibujos de las niñas se interpreta en el sentido de ellas, y por extensión podríamos decir que las mujeres, además de asumir que los hombres pueden, por tradición y por reiteración en las representaciones (Fig. 6), ejercer de científicos, también saben que ellas mismas pueden serlo, solas o con otras mujeres y hombres; lo cual no parece darse en sentido inverso.

Esta misma tendencia puede detectarse a partir de un proyecto aún en fase de elaboración, consistente en la revisión de las imágenes previas de adolescentes sobre la prehistoria y que forma parte de un trabajo que se ha llevado a cabo durante cuatro años con más de 500 chicos y chicas de 1º de ESO (12-13 años) en un instituto de la provincia de Barcelona. El proyecto, encuadrado en la docencia del crédito común de Ciencias Sociales que incluye en su temario los contenidos de prehistoria, parte de la idea de iniciar el



Fig. 6. Ilustración que con el pie de figura “Representación esquemática de las tareas en arqueología: el laboratorio” aparece en el libro de divulgación, coordinado por M<sup>a</sup> A. Petit y Josep M<sup>a</sup> Fullola, *Tal como éramos. Las sociedades prehistóricas de la Península Ibérica* (Barcelona, Ariel, 2005).

estudio con información sobre diversos yacimientos arqueológicos del Paleolítico y del Neolítico y con talleres experimentales sobre diferentes procesos de trabajo propios de estos períodos (talla de sílex, alfarería, cestería, molienda y elaboración de pan, construcción de cabañas con ramas y barro y tiro con arco) sin explicar ni incidir en cómo se organizaban estas sociedades en cuanto a la adscripción de ciertas actividades a hombres, mujeres o grupos de edad.

Esta interpretación se lleva a cabo después de que, como conclusión y síntesis de esta parte de la asignatura, todos los alumnos y alumnas realicen un dibujo sobre cómo, a partir de la información

que han obtenido, se imaginan la vida en la prehistoria. De la multiplicidad de variables analizables, se puede realizar una lectura iconográfica centrada en la composición de los dibujos, de las acciones o situaciones representadas y de las características de los personajes asociados a las acciones y situaciones representadas. Asimismo, este análisis permite esbozar la existencia de ciertos matices de diferenciación entre las representaciones de roles de género.

En los dibujos el contraste acción-hombre pasividad-mujer, no es totalmente generalizada, pero sí que la acción se identifica mayoritariamente con la caza y la caza casi exclusivamente con los hombres. Sin embargo, dentro de esta tendencia general de roles de género plasmados en los dibujos, se muestra una gradación, cuantitativa y cualitativa, desde dibujos que



Fig. 7. Representación de un alumno de 1º de ESO de la vida en la prehistoria.

representan exclusivamente escenas de caza protagonizadas por hombres a dibujos que representan múltiples actividades (incluida la caza) realizadas exclusivamente por mujeres y criaturas (Fig. 7 y 8). En cuanto a la autoría de los dibujos, esta misma gradación se expresa en términos de dibujos realizados por niños y dibujos realizados por niñas, es decir, las niñas tienden a incluir mujeres (con o sin hombres) en las representaciones, mientras que los niños tienden a representar exclusivamente a hombres.



Fig. 8. Representación de una alumna de 1º de ESO de la vida en la prehistoria.

Este repaso a los modelos principales de imágenes previas sobre la Prehistoria nos muestra que, con un bagaje de conocimientos homologables y que no difiere apenas de las variables básicas con las que la investigación caracteriza a la Prehistoria, se conciben formas de organización diversa y —lo que es más interesante a la hora de evaluarlas como prueba de adquisición de conocimientos sobre la prehistoria— todas habría que calificarlas como correctas. Lo cierto es que, incluso en un ámbito de conocimiento lejano a la experiencia diaria, se repiten mayoritariamente adscripciones de género y de relevancia de actividades, aunque todavía podemos hallar una cierta diversidad en las representaciones.

¿Pero qué sucederá con esta diversidad de imágenes previas a medida que estas chicas y estos chicos crezcan? Que gradualmente irán visualizando a través de libros de texto y materiales didácticos, de literatura y de audiovisuales divulgativos, o desde la ficción, fundamentalmente cinematográfica y digital, las representaciones de las sociedades prehistóricas que se hallan asentadas desde la tradición científica. Así pues, si bien existen ciertos sectores de la docencia preuniversitaria que muestran un claro interés en profundizar en la enseñanza de la prehistoria y la arqueología, es la investigación la única que puede incidir de forma decisiva en la creación de otros modelos representacionales de la prehistoria en contextos extraescolares y, de forma indirecta, en los escolares mediante su implicación en los contenidos, materiales y actividades que configuran el currículo escolar.

Por ello, para evitar la existencia de una única y sesgada representación de ese pasado originario que es la prehistoria y que condiciona y justifica, naturalizándolos, valoraciones, ideologías y comportamientos actuales, resulta necesario desarrollar programas estructurados de divulgación que desde la investigación no sólo deconstruyan los sesgos existentes, sino que reinterpreten y amplíen el espectro de los datos arqueológicos que nos informan de las formas de vida prehistóricas y proponga otras representaciones de las características que fundamentan la noción de lo humano y los orígenes de la vida en sociedad.

#### *6.—Investigación y divulgación de la prehistoria en clave de género*

¿Qué aportaría este programa? Repasemos una vez nuestras cuatro variables de lo humano en clave de género y podremos concluir que actualmente la investigación ofrece suficientes argumentos para modificar los estereotipos interiorizados culturalmente desde la infancia:

— La condición biológica de las mujeres no se caracteriza exclusivamente por su papel de madres, sino que sus capacidades

físicas y cognitivas abarcan una multiplicidad de actividades que se compaginan, complementan e incluso, eventualmente, refuerzan su papel reproductor. Hace falta estudiar los condicionantes materiales y biológicos de la maternidad no como una especialización sino como una capacidad a la que se unen otras características físicas que pueden manifestarse en actividades y roles diversos en diferentes fases de su ciclo vital, como ya se inició con la propuesta de los años 80 de la mujer recolectora o de la reevaluación de las técnicas de caza del Paleolítico (por ejemplo, KUHN y STINER, 2006).

— Los estudios que se han realizado en los últimos años sobre nuestros *choppers*, aquellos instrumentos de hace 1,8 millones de años que marcaban el inicio de la tecnología, muestran que no se utilizaban para cazar ni tan solo para cortar, sino para machacar vegetales, en definitiva, para procesar alimentos para que puedan consumirse (TORRE y MORA, 2005). Por tanto, si tuviéramos que establecer una genealogía de la tecnología que se iniciara en los *choppers*, su expresión actual no serían precisamente las estaciones espaciales de la NASA sino, probablemente, el *Turbomix* o la industria de platos precocinados. Una relectura de la tecnología en ese sentido ha iniciado potentes líneas de investigación en todas aquellas tecnologías relacionadas con las actividades de subsistencia y mantenimiento (la elaboración de alimentos, la confección de ropa, las técnicas de cuidado, etc.) que conforman el esqueleto básico para que un grupo humano pueda reproducirse y desarrollarse y redimensionando tecnologías asociadas exclusivamente como masculinas (por ejemplo RAGIR, 2000; HAALAND, 2004; HENDON, 2006). A pesar de que la mayor parte de los datos arqueológicos con los que contamos se relacionan con estas tecnologías ya que proceden de las actividades de subsistencia cotidiana de los grupos humanos prehistóricos, apenas se han elevado al nivel de “información arqueológica” y, por tanto, no se han visto plasmadas o tan solo parcialmente en las representaciones gráficas tradicionales de la prehistoria.

— El estudio del arte prehistórico ha enfatizado su importancia en el desarrollo de grandes mitologías (la religión de los osos, la religión de la madre tierra) y, por otra parte, le ha asimilado a la noción de artista (masculino) actual como creador separado de la cotidianeidad. Pero más allá de la más que discutible atribución de su autoría masculina en la mayoría de representaciones que podemos hallar en los soportes divulgativos o de su relación con las grandes cosmogonías, lo que nos están mostrando estas creaciones simbóli-

cas de la prehistoria es la existencia de una capacidad y voluntad de comunicación y de perduración, bien sea mediante paneles de pinturas o mediante figurillas femeninas, de las creencias y conocimientos comunes de los grupos humanos prehistóricos.

Y comunicar para perdurar no es otra cosa que enseñar y aprender todo aquello que hace posible que un grupo humano sobreviva, viva y recree, simbólica y técnicamente sus formas de vida. Por ello cabría profundizar también en la investigación y la divulgación de los datos que nos aportan otros contextos arqueológicos, como poblados o lugares de cobijo, donde la creación, la comunicación y el aprendizaje de los humanos quedan plasmados, no sólo en aquello que desde nuestra perspectiva denominamos arte, sino en elementos más comunes como vasijas o instrumentos cotidianos decorados, mediante los cuales resulte posible acercarnos, desde una perspectiva más transversal, a las formas de expresión simbólica en el pasado prehistórico (por ejemplo SPECTOR, 1993; SOFFER *et al.*, 2000; MASVIDAL y PICAZO, 2005).

— La investigación sobre la prehistoria y la representación de sus formas de vida en sociedad ha de mirar hacia otros escenarios que reflejen otros contextos y formas de relación, como, por qué no, las relaciones sociales básicas que se establecen en los grupos de chimpancés entre madre y crías, las relaciones que establecen grupos de mujeres en aquellos ámbitos de actividad que con seguridad también existieron en la prehistoria, como acarrear agua o lavar, o la visualización de la diversidad posible de grupos de convivencia. Como veíamos en el caso de los dibujos escolares de la prehistoria, no se trata de representar tan sólo un modelo idílico (según la perspectiva de cada una o cada uno) sino todas aquellas experiencias humanas posibles que sean, al tiempo, sustentadas y coherentes con los datos arqueológicos que obtengamos (por ejemplo ROBIN, 2000; GIFFORD-GONZALEZ, 2007).

En definitiva, la investigación prehistórica, en general, pero muy especialmente, la investigación que realizamos las mujeres sobre la prehistoria y sobre las mujeres en la prehistoria exige prestar una atención decidida a las imágenes que sobre ella se plasman en la práctica educativa y divulgativa, siendo para ello conscientes que resulta necesario investigar y reconceptualizar las variables originarias que nos vinculan, como especie, con nuestro pasado remoto para representar la posibilidad de diversidad de la vida en sociedad, en el pasado, en el presente y, sobre todo, en el futuro.

## 7.—Bibliografía

- AA. VV.: *Vénus et Caïn. Figures de la Préhistoire 1830-1930*. Paris, Éditions de la Reunión des Musées Nationaux, 2003.
- BINFORD, Lewis: *En busca del pasado*. Barcelona, Crítica, 1993.
- BUCK, Gayle; LESLIE-PELECKY, Diandra y KIRBY, Susan: "Bringing Female Scientists into the Elementary Classroom: Confronting the Strength of Elementary Students' Stereotypical Images of Scientists". *Journal of Elementary Science Education*, 14, 2 (2002), 1-9.
- GIFFORD-GONZALEZ, Diane: "You can hide, but you can't run: representation of women's work in illustrations of Palaeolithic life". *Visual Anthropology Review*, 9, 1 (1993), pp. 23-41
- GIFFORD-GONZALEZ, Diane: "On beasts in breasts. Another reading of women, wildness and danger at Catalhöyük". *Archaeological Dialogues*, 14, 1 (2007), 9-111.
- HAALAND, Randi: "Technology, Transformation and Symbolism: Ethnographic Perspectives on European Iron Working". *Norwegian Archaeological Review*, 37, 1 (2004), 1-19.
- HENDON, Julia: "Textile production as craft in Mesoamerica. Time, labor and knowledge". *Journal of Social Archaeology*, 6, 3 (2006), 354-378.
- KUHN, Steven L. y STINER, Mary C.: "What a Mother to Do? The Division of Labor among Neandertals and Modern Humans in Eurasia". *Current Anthropology*, 47, 6 (2006), 953-980.
- MASVIDAL, Cristina y PICAZO, Marina: *Modelando la figura humana. Representaciones femeninas de la Antigüedad*. Barcelona, Quaderns Crema, 2005.
- MEHMET, Bulut: "Young Children's Perceptions of Scientists: A Preliminary Study". *Educational Research*, 48, 1 (2006), 121-132.
- MOSER, Stephanie: "Gender stereotyping in pictorial reconstructions of human origins". En DU CROS, Hilary y SMITH, Laurejane (eds.): *Women in archaeology. A feminist perspective*. Canberra, University of Canberra, 1993, pp. 75-92.
- MOSER, Stephanie: *Ancestral Images: The Iconography of Human Origins*. Sutton, Stroud, 1998.
- OLDENZIEL, Ruth: "Objections: Technology, culture and gender". En KINGERY, W. David (ed.): *Learning from things: method and theory of material culture studies*. Washington, Smithsonian Institute Press, 1996, pp. 55-69.
- QUEROL, M.<sup>a</sup> Angeles: *Adán y Darwin*. Madrid, Síntesis, 2001.
- RAGIR, Sonia: "Diet and Food Preparation: Rethinking Early Hominid Behavior". *Evolutionary Anthropology*, 9, 4 (2000), 153-155.
- ROBIN, Cynthia: "Outside of houses The practices of everyday life at Chan Nòohol, Belice". *Journal of Social Archaeology*, 2, 2 (2002), 245-268.
- SOLOMON, Jon: *Peplum. El mundo antiguo en el cine*. Madrid, Alianza Editorial, 2002.
- SOFFER, Olga; ADOVASIO, James y HYLAND, David C.: "The "Venus" figurines. Textiles, Basketry, Gender, and Status in the Upper Paleolithic". *Current Anthropology*, 41, 4 (2000), 511-525.
- SPECTOR, Jane: *What this awl means. Feminist archaeology at Wahpeton Dakota Village*. St. Paul, Minnesota Historical Society Press, 1993.
- STOCZKOWSKI, Wiktor: *Anthropologie naïve, Anthropologie savante. De l'origine*

- de l'Homme et de l'imagination et des Idées reçues*. Paris, CNRS Editions, 1994.
- TORRE, Ignacio de la y MORA, Rafael: "Percussion tools in Olduvai Beds I and II (Tanzania): Implication for early human activities". *Journal of Anthropological Archaeology*, 24 (2005), 179-192.
- VASICEK, Zdenek: *L'archéologie, l'histoire, le passé, Chapitres sur la présentation, l'épistémologie et l'ontologie du temps perdu*. Sceaux, Kronos, 1994.
- WIBER, Melanie: *Erect men, undulating women: the visual imagery of gender, "race" and progress in reconstructive illustrations of human evolution*. Waterloo, Wilfrid Laurier University Press, 1997.
- WYLIE, Alyson: "On Being "Empirical" but Not "Narrowly Empiricist"". En WYLIE, Alyson (ed) *Thinking from Things. Essays in the Philosophy of Archaeology*. Berkeley, University of California Press, 2002, pp. 169-225.